

Bradú, Fabienne. *Cambiamos la aldea. Los Encuentros de Concepción. 1958, 1960, 1962*. Santiago de Chile: FCE, 2019, 431 páginas.

Como es sabido, han corrido ríos de tinta en torno a las consecuencias de la prodigiosa década de los 60 en el desarrollo de la literatura y la identidad latinoamericanas. Sin embargo, a pesar del autoanálisis de los autores, la transparencia de las técnicas literarias, la explicitación de las redes intelectuales y la labor fundacional de la Casa de las Américas, los Encuentros de Escritores celebrados en la Universidad de Concepción entre 1958 y 1962 constituyen una figura ignorada en el tapiz de esos años. Fabienne Bradú, escritora, traductora, profesora de la Universidad Nacional Autónoma de México y conocida especialista en las obras de Octavio Paz y Gonzalo Rojas, busca ahora desvelar la importancia de una iniciativa que comienza a gestarse con la llegada de Gonzalo Rojas a la Universidad de Concepción (1952) y con el arranque de las Escuelas de Temporada (1955). Los Encuentros de Escritores Chilenos (enero de 1958 en Concepción, julio de 1958 en Chillán) y los Encuentros de Escritores Americanos celebrados en 1960 y 1962 en la Universidad de Concepción se fueron armando como una extensión de la vocación docente y organizativa del poeta y reunieron a intelectuales de todo el continente como Allen Ginsberg, Ernesto Sábato, José Antonio Portuondo, Sebastián Salazar Bondy, Enrique Anderson Imbert, Pablo Neruda, Mario Benedetti o Alejandro Carpentier, entre muchos otros.

Bradú divide la obra en una serie de estudios preliminares y una sección de apéndices dedicados a reproducir la documentación de cada uno de los encuentros. Cuenta, además, con un prólogo de Pedro Lastra y dos textos de Ricardo Latcham y del propio Rojas a modo de balance. El valor archivístico de los discursos recogidos en el Apéndice y tomados de las grabaciones recogidas en la Fundación de Estudios Iberoamericanos Gonzalo Rojas, de los números 380-381 de la revista *Atenea* (1958) y de otras fuentes hemerográficas, hace de esta parte una de las más interesantes de la obra, a pesar de presentarse declaradamente fragmentaria. No obstante, incluso los estudios dedicados al área más conocida, es decir, la relativa a los Encuentros de Escritores Chilenos de 1958, ofrecen nuevas lecturas y sacan a la luz los comentarios que se hicieron en los debates de las conferencias, en muchos casos con más enjundia que la propia ponencia. Sin duda la reunión de poetas “domésticos” del 58 estuvo diseñada para dar lugar a un diálogo en el que sobresalieron voces como la de Miguel Arteche, Luis Oyarzún, Nicanor Parra o Claudio Giaconi. Eran las de aquellos que buscaban todavía las claves de la generación del 38 y de otros que abanderaban ahora la del 50. Por otra parte, Bradú también recupera presencias no conocidas, como la del exiliado español José Ricardo Morales (49), puente fundamental entre los proyectos teatrales de la República española y el naciente Teatro Experimental de la Universidad de Chile. En un proceso cultural cuyo objetivo fue provocar el debate intelectual y sacar la literatura del aula universitaria no son menos significativas las citas periodísticas insertadas de la prensa penquista como *La Patria*, *El Sur* o *La Crónica*, así como los comentarios vertidos en revistas tan diversas como *Marcha*, *Ercilla*, *Andes* o incluso la mexicana *Siempre!*.

El Primer Encuentro de Escritores Latinoamericanos (enero de 1960), comentado en su conjunto por la autora, y las cuatro conferencias reproducidas en *Cambiamos la aldea*, ya apuntan inquietudes compartidas. La principal fue la necesidad de una verdadera unión entre literatura y conducta que permitiera universalizar lo nacional, reflejada en la intervención del costarricense Joaquín Gutiérrez (“Las raíces”) y a través de la disertación existencial de Ernesto Sábato: “la metafísica [...] se encuentra en la calle, en las tribulaciones del modesto hombre de carne y hueso” (109).

El Segundo Encuentro de Escritores Latinoamericanos (enero de 1962) podría haber quedado simbolizado en una sola imagen: el abrazo entre José María Arguedas y Thiago de Mello (141). Conferencias tan dispares como la de Carlos Fuentes (“Latinoamérica, tierra nuestra”) y Mariano Picón Salas (“América Latina: vecindad y frontera”), recogidas en el Apéndice, continuaron el abrazo verbal. No es de menor interés, por otra parte, la creciente politización del Encuentro, afrontada desde diversas ópticas y que pasó a la memoria colectiva gracias al debate entre Carlos Fuentes y el intelectual norteamericano Frank Tannenbaum. La

polémica llegaría incluso a costarle a Gonzalo Rojas la dirección de las Escuelas de Verano y de futuros encuentros (164), pero hizo imposible ocultar la necesidad de los mismos.

De gran interés es también “Arraigo y evasión en la actual literatura uruguaya”, texto donde Mario Benedetti precisa los conceptos de *falluto*, pituco, o la peligrosa indiferencia de la clase media que marcó una época decisiva de la sociedad uruguaya. El autor apunta las características de una literatura montevideana, y, en definitiva, americana, honesta y anclada en el autoconocimiento. En la precisión de sus reflexiones, advierte contra una observación desarraigada de la realidad que convierta al novelista en “inocuo grabador de ruidos” (303) y defiende la primacía del cuento coetáneo en su “pequeño país de historias breves” (305). La importancia de la independencia e inconformismo de la forma para representar el nuevo ideal de unidad latinoamericana, con sus conflictos y carencias, es planteada en conferencias como la mencionada de Carlos Fuentes o en “La literatura paraguaya habla guaraní”, de Augusto Roa Bastos. El mexicano anticipaba entonces no solo algunos de los planteamientos de *La nueva novela hispanoamericana* (1969), sino también la actitud general de los bardos de la Revolución en los años 60, al afirmar que “una visión revolucionaria de la sociedad requiere una forma revolucionaria de expresión” (344). La tendencia general de las intervenciones reproducidas por Bradu, desde Claribel Alegría hasta José Miguel Oviedo, fue la de exponer las claves fundamentales de la literatura nacional y de superarla para alcanzar el demorado autoconocimiento y la construcción de la Patria Grande. Sin duda el eco de José Martí resonó con fuerza, pero no menores fueron las analogías con la labor de Andrés Bello y la Sociedad Literaria de 1842 (13, 29, 98, 358).

La publicación de la biografía de Gonzalo Rojas en 2016 (*El volcán y el sosiego*, Fondo de Cultura Económica) ya había anticipado muchos datos en torno a estos episodios que marcaron las redes intelectuales continentales y, por supuesto, chilenas a lo largo de las décadas de los 50 y 60. También la recopilación de las prosas del autor en *Todavía* (Fondo de Cultura Económica, 2015) había aportado ya importantes discursos sobre su visión de las distintas jornadas. Fabienne Bradu continuaba allí una investigación de largo aliento en torno a la obra de Gonzalo Rojas para poner el foco en aquella labor que el propio poeta denominó “poesía activa” y que ha dado lugar al título de uno de los mejores estudios sobre el autor (Coddou, *Poética de la poesía activa*, 1984). La anticipación de las Escuelas de Temporada y los Encuentros de los años 50 al espíritu de intercambio literario y de urgencia por una cohesión continental que se dio en la década de los 60 hace de *Cambiamos la aldea* una obra de una gran utilidad y que trasciende las fronteras de la investigación sobre literatura chilena. El hecho de que la mitificación inicial del intercambio generado en Concepción, puesto como precedente de los congresos de la Comunidad Cultural Latinoamericana o de la propia Casa de las Américas, no haya generado mayor impacto en la crítica da cuenta también de la necesidad de estas páginas. El tratamiento de los Encuentros de Concepción en *Entre la pluma y el fusil* (Claudia Gilman, 2003), en la *Historia personal del “boom”* (1972) de José Donoso, o en las poco difundidas *Diez conferencias* (Rojas, Loveluck, 1963), apenas alcanzaba para generar una intuición en torno a un acontecimiento fundacional y una curiosidad que ahora Bradu ha sabido saciar. A pesar de todo, todavía queda margen para el balance y análisis de las consecuencias de unos Encuentros en los que, en palabras de Rojas, “el diálogo se convirtió en conciencia” (410).

Ana María Díaz Pérez
Universidad Autónoma de Madrid
anamaria.diazp@uam.es